

Como he trabajado con Martín Lejarraga, conozco sus virtudes como arquitecto. También soy cómplice de sus dudas y tengo la certeza que tienen mayor valor las dudas que las certidumbres. Las dudas son armas cargadas de proyectos, instrumentos que anuncian nuevas maneras de entender la relación que establecemos con nuestro trabajo. Las dudas alumbran indicios que el proyecto se encarga de gestionar. Tan sólo los débilmente preparados se arrugan ante los indicios.

Las seguridades tienen por el contrario un valor de relativa inconsistencia, nos arman de autoestima pero nos convierten en profesionales, tipos serios afectados de respuestas que agradan a la clientela. Creo que esa especie carece de interés.

Desde una cierta perspectiva compartida, de manera cada vez más generalizada, es necesario apuntalar la vertiente propositiva del aficionado. La del viajero que transita entre los cartílagos de los datos que aparecen en un lento caminar liberado de prejuicios preestablecidos. Frente a la guía caligráfica del turista, en contraposición a su definida y cerrada hoja de ruta, prefiero sin vacilar la emoción que los encuentros producen en los viajeros.

Los programas, los territorios y los lugares, no aparecen ya como vértices estables de los proyectos, sino que se reconstruyen a través del proyecto mismo. Es hermoso entonces pensar que los lugares están siempre por reconquistar y completar y así lo afirma con su arquitectura Lejarraga.

Su actitud ante el proyecto se sitúa siempre sobre una vertiente optimista. Es posible que la arquitectura cumpla en cualquier caso los requisitos que le pedimos; que amplíe nuestro espectro de conocimientos o expresado de otra manera que nos construya a nosotros mismos, extendiendo esa construcción a los demás. Que se comporte de manera sensible e inteligente con las cualidades positivas de los paisajes, estableciendo nuevas condiciones para su lectura, que los reconstruya y por último que mejore de manera sustancial las condiciones de vida de los usuarios; pues la arquitectura sirve fundamentalmente a la vida, es vida y sin ella nada existe. Parte también su trabajo desde una condición de renuncia al acicalado buen gusto que tanto se extiende entre los profesionales de la disciplina. Sobre lo comúnmente reglado se encabalga con la sequedad austera de los materiales que superan el obstáculo cultural de la composición, es por tanto su arquitectura un sistema que golpea mas que un objeto que acaricia superficialmente.

Ciertas apariencias de descuido son entonces una vocación de aspereza, una respuesta calculada a la cordialidad original de nuestras arquitecturas más cercanas.

El tránsito de su obra no ha sido fácil pero sí cristalino, su trabajo ha derivado del cuidado, a veces obsesivo, por el detalle en el mundo del interiorismo, hasta la disposición directa en su arquitectura de media dimensión, y esa naturalidad ha terminado por convertirse en la rótula que articula su trabajo mas reciente. El centro de actividades rurales de La Palma, La Galería T20 o la Casa de Gonzalo Sicre en Cartagena, anuncian ya esa condición que se hace más nítida en el edificio del CAID. Todos, en definitiva tenemos pasado pero algunos tienen también futuro. Esa madurez intelectual ha provocado un salto que va mas lejos de la cualidad material de sus obras, le ha abierto un camino que se mueve entre las estrategias y las estructuras profundas de los proyectos, una vía que desemboca en el corazón de la arquitectura.

El edificio del CAID se emplaza en la urbanización, de dudosas virtudes, que compone la Universidad de Murcia para su extensión periférica. Su vecindario, salvo alguna excepción cercana, se pierde bajo la dureza del sol levantino, afirmando una extraña autonomía de objetos deshilvanados.

El edificio ocupa la totalidad de la parcela y se engasta con precisión entre las calles que la delimitan, quiere construir una nueva relación quizás más urbana que periférica. Su virtud en este aspecto queda apoyada con el edificio vecino de laboratorios, una pieza de tamaño exacto y disposición equilibrada.

Su imagen se centra en ofrecer caras distintas para las diversas condiciones de contorno que el emplazamiento oferta. Frente al anillo de circulación rodada, paralelo a la autovía, el edificio dibuja un perfil de dureza quebrada que acoge de manera directa unos usos levemente reglados. Ese perfil, acaba por contaminar al conjunto de la cubierta del edificio, quizás más hermosa en una maqueta de trabajo en la que se entiende como un umbráculo, que en una realidad que opta por un volumen nítido.

Pero el edificio no se proyecta desde la cubierta en un proceso de extrusión, sino desde la superposición de distintas secciones que acaban por definir un cierre horizontal, una alfombra doblada que se ofrece a los pies de las cotas altas del campus. Por tanto el proyecto huye de la literalidad del recurso plástico, para situarse en una posición que estructura toda las decisiones posteriores.

El contacto con el suelo resuelve un terreno con ligera pendiente fabricando una segunda alfombra plegada. La totalidad del edificio se mueve entre esos dos planos cuya distancia viene definida por los usos que albergan.

En la cara trasera, la edificación cobra en el contacto con el anillo peatonal del campus una dimensión más controlada, confiándose a un aspecto doméstico que pone en cuestión otras actuaciones cercanas de mayor tamaño y escala incomprensible. Pero es aquí es también cuando el proyecto cede a una cierta ornamentación vegetal de la que sin duda podría carecer. Este es un edificio que sobrevive en lo estricto y esa es su hermosura.

La organización de la planta, se adapta con absoluta naturalidad al sistema estructural que refuerza y resuelve el conjunto de pliegues. Una construcción de muros ligeros, hace posible una libertad de compartimentación envidiable, que construyen naves continuas y también pequeños lugares de investigación. El interior y el exterior se leen con la misma radicalidad material, son la misma cosa.

Tan sólo dos recursos y dos materiales, hormigón y acero que bastan para construir una arquitectura de enorme carácter y llena de matices.

Siempre me ha sorprendido la precisión estratégica de Lejarraga, su manera aparentemente sencilla de entrar en los problemas variando las condiciones de partida, reordenando siempre con el proyecto para desde el esfuerzo ofrecer algo mejor y distinto de lo pedido.

Y le envidio una virtud de la que carezco, la tranquilidad de ánimo para saber que el tiempo activo también construye y se enfrenta con la realidad mejorándola. Por tanto dejemos que el tiempo envuelva nuestro trabajo, eso debe ser la inteligencia emocional que a Martín Lejarraga le sobra.

